



Privilegiada es un adjetivo que a menudo le aplican a [Nicole Krauss](#) (Nueva York, 1974) en los círculos literarios neoyorquinos. Efectivamente procede de una acaudalada familia y creció en los suburbios de Long Island, en una casa considerada una joya arquitectónica, pero este comentario no resulta del todo pertinente en una ciudad donde se concentra un considerable número de millonarias fortunas. Quizá el término aluda a una veta de recelo o soslayada envidia, ese feo vicio contra el que no está vacunada ni la comunidad literaria, ni la ciudad de Nueva York.

Krauss se formó en las aulas de Stanford y Oxford. A los 27 años publicó su [primera novela](#) con una excelente acogida crítica y notable éxito comercial, y con su segunda, [La historia del amor](#), quedó consagrada como una de las voces más dotadas y respetadas de su generación. Si en *Llega un hombre y dice*, su primera obra de ficción, se adentró en la incertidumbre que rodea la pérdida de memoria, en su siguiente libro hiló una trama en la que se cruzaban las vidas de una adolescente y un anciano exiliado, un manuscrito perdido y un romance truncado por la guerra y el exilio. Ha vendido cientos de miles de ejemplares, cuenta con una legión de admiradores, está traducida a más de treinta idiomas y con su tercer libro, [La gran casa](#) (Salamandra y La Magrana), que ahora llega a España, quedó finalista en el prestigioso [National Book Award](#).

Puede que sea su timidez, su elegante belleza o un aura de misterio y discreción que rodea su vida privada lo que subyace tras ese recelo. Casada con el novelista [Jonathan Safran Foer](#), es madre de dos niños. La pareja representa el relevo generacional del lado más glamuroso del Brooklyn literario desde que se instalaron en una espectacular casa en las proximidades de Prospect Park, o al menos así es como a la prensa le gusta referirse a la vivienda y al matrimonio. La gigantesca mesa empotrada en la que Krauss trabaja y que heredó del antiguo propietario está extrañamente relacionada con la génesis de *La gran casa*: hizo un cuento sobre un inmenso escritorio con 19 cajones que una novelista recibe en préstamo de un joven poeta chileno.

Ese mueble imaginado pasó a convertirse en el eje sobre el que gira su nueva novela, la peonza en torno a la que se arremolinan las cuatro voces que construyen *La gran casa* desde Nueva York, Londres e Israel. Nadia, una escritora de mediana edad, desgrana los pormenores de cómo encontró en su oficio un refugio para escapar de la vida; Arthur, un don de Oxford, intenta reconciliarse con el enigma que durante décadas ha rodeado a su esposa, Lotte, una escritora alemana judía; Aaron, un anciano israelí, habla con desgarró de la distancia que siempre ha sentido hacia su hijo, y una muchacha americana describe su encuentro y enamoramiento con el hijo del temido anticuario Weisz. En torno a estos monólogos sobrevuela un sentimiento de pérdida, de extrañeza y de nostalgia, se habla de una novela nunca terminada sobre un tiburón que absorbe las pesadillas de aquellos que están conectados a él por medio de tubos y cables; de la historia de la destrucción del segundo templo de Israel y de la diáspora; y, también, del perpetuo ansia de reconstrucción de un espacio arrebatado, en busca de un tiempo ya perdido.

Krauss y su esposo guardan con celo su intimidad y la cita para la entrevista tiene lugar en un café. La escritora viste un sencillo traje blanco de algodón con tirantes, sandalias planas y unos discretos pendientes largos de los que cuelga un



Tertulias Literarias

adorno pequeño de coral. Se expresa con determinación en un tono de voz dulce, y cuando se azora contesta con una pregunta y una sonrisa, como para tomar aire antes de lanzarse a responder.

Nadia, una de las voces protagonistas de su novela, habla con nostalgia de un tiempo en el que su ambición como escritora estaba intacta. ¿Cómo ha cambiado la suya en esta década?

Al principio solo anhelaba una oportunidad para dedicar mi vida a escribir. Tras publicar mi primera novela empecé a pensar qué libro era el que solo yo podía hacer. A la altura de *La historia del amor* esto se convirtió en la verdadera búsqueda. Ahora tengo sentimientos distintos, me importa cada vez menos la recepción que tendrá el trabajo, el mundo fuera de mi escritorio y de mi ordenador.

¿Era esto lo que más le importaba?

Cuando publiqué mi primer libro me sentía atrapada por la pregunta sobre cuántos lectores justifican lo que de otra manera podría parecer autocomplaciente. Porque si escribes y no mucha gente te lee, quizá deberías hacer otra cosa que fuese más útil para el mundo. Esto es algo de lo que habla Nadia y que traté con Leo en mi anterior libro, un personaje que decía literalmente que escribía para sí mismo. La escritura te permite ser querido como no ocurre en la vida real, porque muestras en la página algo que no puedes enseñar en ningún otro espacio de la vida. Con el tiempo, no piensas en los demás, sino en ti misma, en qué debes hacer para sentir que no estás perdiendo el tiempo.

¿Es entonces cuando arranca una conversación con otros autores? En *La gran casa*, parece que Roberto Bolaño es uno de los convocados.

No tengo una conversación con alguien en particular. Pero sí siento un afecto por determinados libros o autores, y la manera en que me han afectado aparece en mi trabajo. Les celebro. Cada vez que escribo pretendo defender la literatura.

Krauss pasa a hablar de su primer encuentro con [Nocturno de Chile](#), de Bolaño, en 2003, de cómo quedó fascinada y no

dejaba de recomendar su lectura a todo aquel con quien se cruzaba. La popularidad de la que goza hoy el novelista chileno entre el público estadounidense siente que le ha robado algo de intimidad —su nombre ya no es un secreto—, pero como escritora este es el tipo de encuentros que ansía tener. “En la juventud ocurren con más frecuencia”, reflexiona, “luego pasa menos, pero sigues necesitando esa apertura, pensar que es posible hacer cosas de una manera totalmente distinta. Un sonido, una música o un ritmo que nunca antes habías oído, circula en tu cabeza y te lleva a algún sitio. Es un poco de viento que te empuja en una dirección y luego haces descubrimientos que son tuyos”.



Los escritores y la escritura son un tema recurrente en la obra de Krauss —“mi idea es más de ratón de biblioteca que la que ofrece Bolaño con esos escritores rebeldes, marginales y súper cool”— y sin duda es un asunto sobre el que medita también fuera de la página. Puntúa su conversación con comentarios sobre Philip Roth, cuya manera de escribir sobre su padre la fascina, o Sebald, de quien admira su distancia narrativa. Al hablar del dilema que supuso la introducción de un artículo en el título de su novela hace una broma, eso no es en absoluto, eso no es lo que yo quería decir en absoluto, citando el verso de T.S. Elliot.

A los 14 decidió que esta sería su profesión, sintió que en la escritura podría construir su hogar, un concepto que no acababa de ubicar —“soy americana, pero mi madre es inglesa, mi padre israelí y mis abuelos eran de cuatro países distintos; me preguntaba, ¿dónde está el lugar del que procedo?”—. También como introvertida adolescente encontró en los libros un refugio seguro. “La gente habla de la escritura como un medio de expresarte, para mí se trata de una oportunidad de autocreación. Te ofrece la posibilidad de engrandecerte y tener más vidas”, explica. Ella entiende su profesión como un infinito espacio de libertad que permite abrir puertas nuevas, ajenas a las constricciones que la vida impone.

Se refiere a los “escritores como raza o especie” para apuntar el rechazo que muchos sienten a admitir influencias, a diferencia de lo que ocurre con los músicos. Ella está en desacuerdo. “Los escritores cristalizan muy lentamente en una

GRUPO B



Tertulias Literarias

solución de tiempo y experiencia, pero puede ser que eso ocurra a través de la lectura de algo a lo que no habrías llegado por tu cuenta”, afirma. A ella le pasó con Bolaño y más adelante con Bernhard, en cuya prosa encontró una musicalidad exquisita y distinta que apeló a su oído de poeta. Porque Krauss hasta los 25 no quería ni oír hablar de una novela, era poesía lo que ella hacía y compartía, entre otros, con su mentor Joseph Brodsky. “Acababa de empezar la universidad cuando vino a dar clase. El último día le entregué una carta con mis poemas y me llamó a la mañana siguiente. Pasamos ocho horas hablando. Me enseñó mucho sobre escritura. Estuvimos en contacto hasta su muerte cuatro años después”, recuerda.

Al regresar a Nueva York procedente de Oxford fue cuando se lanzó a escribir una novela, y dice que analizaba cada frase buscando la fórmula perfecta. Ahora se siente más libre y apela a su curiosidad creativa para explicar su búsqueda de nuevos retos. Pero tras los cambios de estilo y búsqueda de nuevos andamios y estructuras yuxtapuestas, tras su creciente rechazo a las fórmulas narrativas más clásicas —“la tercera persona me parece artificial, quiero escaparme para llegar a otro nivel de autenticidad”—, Krauss identifica dos temas que recorren sus novelas: la reacción ante una pérdida y el solipsismo.



La literatura aísla completamente a Nadia, su personaje, ¿es eso un peligro?

Con Nadia trataba de ver un caso extremo. El aislamiento de la escritura es algo que me importa a medida que me hago mayor y mi vida está más estructurada en torno a la familia. Esta disminución de experiencias puede suponer un problema, pero me encanta visitar sitios nuevos y viajar, salir de mi mundo. Soy bastante solitaria por naturaleza, así que intento empujarme a hacer esas otras cosas que también necesito. Con mis personajes, tengo curiosidad, quiero saber qué pasa en ese mundo, en esa vida y algunas de las preguntas que se hacen son mías, otras no, y puede que conozca la respuesta en lo que a mí se refiere, pero me resulta interesante plantearlas bajo otra luz.

El personaje también habla sobre la apropiación de historias ajenas.

Yo no lo he hecho, pero a medida que pasa el tiempo me doy cuenta de que me interesa más la vida real. A lo mejor esto tiene que ver con estar más presente en el mundo que me rodea debido a mis hijos. El vampirismo de Nadia me resulta extraño, porque para mí la escritura es un gigantesco acto de empatía. Pero todos

los escritores en algún momento se plantean esta pregunta sobre cuánto de su vida o de las vidas que les rodean usarán, cuánto pueden empujar o dónde está la línea. Todos tenemos un límite.

¿Hay algún estereotipo de escritor en el que odiaría caer?

Uno tiene que ser increíblemente serio y esto a veces es cargante. Cada día tener que sentarte y empujar y cavar para encontrar algo es agotador. Esa es la fuente de una seriedad reconcentrada que no es buena en la vida, porque a todos nos gusta la gente ligera.

En *La gran casa*, el joven poeta chileno Daniel Varsky se indigna ante la mención a Neruda y clama contra el monopolio que parece tener sobre cualquier verso procedente de ese país. ¿Siente Krauss que hay alguna escritora americana que tenga un monopolio parecido? La novelista se turba, mira inquieta su reloj, dice no comprender la pregunta, ofrece pagar la cuenta del café y en un suspiro desaparece por la puerta, con la misma rapidez con la que lo haría al final de un párrafo un personaje de ficción.

“En cada novela debes aprender a fracasar”

La figura de [Nicole Krauss](#) (Nueva York, 1974) concentra todo aquello que convierte a un autor en fácil blanco de las críticas de la intelectualidad anglosajona: criada en el seno de una buena familia en Long Island, discípula (y durante un tiempo protegida) de [Joseph Brodsky](#), elegida por «*Granta*» entre los 20 mejores escritores estadounidenses menores de 40 años y felizmente casada con [Jonathan Safran Foer](#). Pero las maldades se desmontan y las críticas caen por su propio peso al leer sus novelas.



Tertulias Literarias

Poseedora de una prosa enigmática, bella y sutil, sus libros no son de fácil lectura, pero precisamente esa diferencia cualitativa con sus colegas de promoción (estudió en la [Universidad de Oxford](#)) hizo que gente como [Susan Sontag](#) o [J. M. Coetzee](#) se fijara en ella. Después vino la opinión del «[New York Times](#)», que llegó a definirla como «una de las novelistas estadounidenses más importantes», y, por supuesto, el éxito de su segunda novela, [La historia del amor](#) (Salamandra).

Con la fama ya digerida y una vida «absolutamente normal», Nicole Krauss aterrizó en España la pasada semana con su nuevo libro bajo el brazo, [La gran casa](#) (Salamandra), una historia construida a través del monólogo de cuatro personajes marcados por la pérdida, con un escritorio como eje de la trama.

¿Qué diferencias hay entre «La historia del amor» y «La gran casa»?

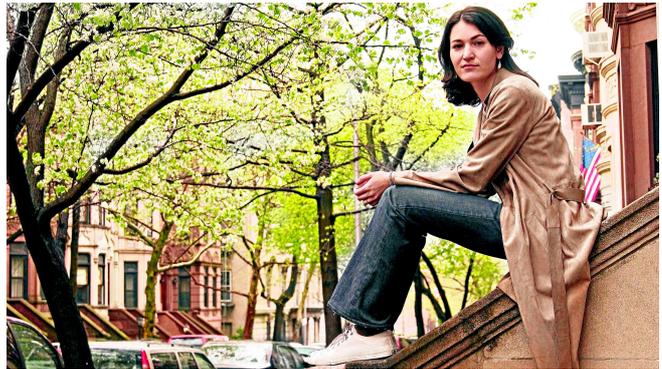
En [La gran casa](#) sigo fiel a una estructura polifónica, con voces distintas, por lo que la exploración de esa forma continua. Pero el tono, la atmósfera, es muy diferente al de [La historia del amor](#). Cuando estaba escribiendo [La historia del amor](#) me interesaban los personajes que te seducen desde el primer momento, y con [La gran casa](#) quería hacer algo completamente distinto. Sentía curiosidad por cómo sería conocer a un personaje en el momento más difícil de su enfrentamiento consigo mismo, ese momento en que te muestra su parte más débil, con la idea de que podría llegar a una empatía aún más potente, que requeriría un viaje, un proceso para llegar a comprenderle.

¿Por qué decidió darle tanta importancia en la trama a un mueble?

No lo decidí y cuando pienso en la novela aún no la pienso como un libro en cuyo centro está un mueble. Entiendo que la forma más fácil y palpable de hablar de un libro tan complejo es hacer referencia al escritorio, pero para mí es solo una puntada más en la costura que une todas estas vidas.

¿Y por qué un escritorio como puntada central?

La parte más relevante de la vida de un escritor es su escritorio. Con el tiempo, en la construcción de la novela, ese escritorio se fue haciendo más grande y tuve que añadir más y más cajones. Entendí, en tanto que metáfora, lo grande y flexible que podía ser. El escritorio es el lugar en el que una persona tiene que hacer frente a sí misma, rebelarse, representa esa lucha. En última instancia, este libro es sobre gente que vive ese enfrentamiento, sean escritores o no.



La novela es una «Gran casa» en la que el lector se queda a vivir. ¿Cómo la construyó?

Imagine cuánto tiempo tuve que vivir yo en ella. A veces describo el proceso como alguien que tiene que construir su propia casa desde el principio partiendo de un único y minúsculo detalle, como el pomo de una puerta. La siguiente pregunta es: ¿a qué puerta pertenecerá este pomo? Después: ¿a qué cuarto se abre esta puerta? Y así funciona, va volviéndose cada vez más compleja y más grande. A veces tengo que hacer correcciones muy importantes y a lo largo de todo ese tiempo voy pensando tanto en cada uno de esos pequeños detalles como en la estructura global de la novela.

Una vez terminada, ¿le costó trabajo desprenderse de ella?

Recuerdo que cuando la acabé se la enseñé a un grupo muy pequeño de gente. Se la envié a una persona a la que hacía más de una década que no veía. Habíamos perdido el contacto, pero tuve la sensación de que la entendería. Le escribí y le dije: «Tienes que ser consciente de lo personal que es este libro». Lo leyó y me contestó: «Dijiste que era personal, pero tienes que haber sentido que te han arrancado la piel viva». Y así era, pero ese sentimiento no dura para siempre, a medida que el libro hace su camino en el mundo, te abandona y pertenece a otra gente.

Se trata, por tanto, de su libro más personal.

GRUPO B



Tertulias Literarias

Sí. Tengo la esperanza de que cada libro sea más y más personal, que sea parte del proceso. La vida se vuelve más personal, más rica, más compleja, más profunda y el libro tiene que convertirse en eso para encajar con la vida.

Hay lectores que lo encuentran demasiado complejo.

Ha habido muchas respuestas y hay gente que en absoluto lo encuentra difícil. Hay gente que lo lee de una manera emocional desde el principio y son esos quienes no lo encuentran difícil. Pero hay otra manera de leerlo, una manera tan importante y natural como intentar recomponer las piezas. Y, tal vez, ese tipo de lector es el que cree que es difícil, pero porque es exigente.

¿Estamos renunciando al esfuerzo como sociedad?

Hace poco leí un ensayo sobre el alza de los libros electrónicos y lo que eso supone para las librerías. De algún modo, es como si la comodidad se hubiera convertido en el valor más importante de la sociedad, en el valor supremo para el consumidor, aquello que pasa por encima de todo lo demás. Es como si hubiéramos olvidado todo lo que nos puede aportar el esfuerzo, todo lo que aprendemos a través del esfuerzo. Cuando un libro, un cuadro o una pieza musical es exigente requiere algo de nosotros, y solo cuando es así tenemos la oportunidad de que nos transforme. De lo contrario, es algo completamente pasivo, solo es entretenimiento.

Tres de los personajes de su novela escriben y eso les aleja de sus seres queridos. ¿Qué relación mantiene usted con la escritura?

No estoy segura de que todos los personajes empleen la escritura para alejarse de quienes les rodean. Más bien inciden en esa paradoja tan interesante que se da en todo escritor: al mismo tiempo que estás tratando de salvar la distancia que hay entre las personas, tienes que separarte.

¿Tiene esa paradoja algún coste psicológico?

No importa lo que hubiera sido en mi vida, siempre me habría comportado como alguien que observa a los demás. Es posible que esa cualidad haya aumentado en mí por el hecho de ser escritora, aunque no sé qué hubiera pasado si hubiera terminado trabajando en una oficina. Me niego a pensar que eso es algo negativo, porque soy muy afortunada al poder escribir cada día.



De hecho, la literatura ocupa un lugar relevante en todas sus novelas.

Es así porque la literatura es muy importante para mí. Cuando abro un libro que realmente me gusta siento que todo lo demás no importa. Todas las cosas pequeñas, todas las nimiedades, las banalidades que habitualmente nos preocupan, no importan. Me siento así desde que era joven y el hecho de haberme convertido en escritora me permite seguir viviendo así el resto de mi vida.

Con ese planteamiento vital, ¿le asusta el fracaso?

Todo lo contrario, me motiva. Cuanto más me acerco al fracaso es cuando pienso que el libro es real. Sé que un día, con el paso del tiempo, miraré mi obra y puede que haya cosas que no me gusten. No importa cuánto fracasas, debes seguir intentándolo. Ese es mi ideal de vida como escritora: en cada una de las novelas debes aprender a fracasar.

¿Qué piensa, entonces, de las críticas?

No lo sé. Me preocupa. No sé cómo funciona en España, pero en Estados Unidos lo único que te ofrecen son resúmenes del libro. Puedes contar la historia en cinco minutos, pero no sé trata de eso. Se trata de la estructura, de lo que supone el libro, de lo que inspira. Hacer una crítica de un libro implica buscar en lo más profundo del esqueleto de la historia. No se trata solo de la trama. Se trata de describir algo mucho más complejo. Me preocupa que, de algún modo, hayamos perdido la idea de lo que debemos contarnos los unos a los otros sobre los libros.

¿Y qué debemos contarnos sobre los libros?

GRUPO B



Depende del lector. ¿Sabes esa sensación cuando vas en el tren y, de repente, te cruzas con alguien que está leyendo un libro que te apasiona? En ese momento sabes que hay algo que os une, sabes que estáis conectados desde un punto de vista creativo, que compartís algo muy personal.

¿Puede un escritor tener una vida normal?

Mi vida es increíblemente normal, absolutamente normal. El escritor tiene la oportunidad de reescribir todo ese conjunto de cosas que conforman su vida, convertirlo en algo menos banal y luego volver a su vida de nuevo. Al menos eso me sucede a mí, e imagino que también a otros escritores.

¿Bucea en su pasado a la hora de escribir?

Necesitamos el pasado para empatizar con otra gente, para conectarnos, para hallar nuestra identidad.

¿Qué autores han influido en su obra?

Muchos pintores, empezando por Rembrandt, al que creo que he mencionado en mis tres novelas. Me encantan sus retratos, sobre todos los de su última etapa. La naturalidad, la desnudez con la que lograba retratarse lo dice todo sobre quién era. ¿Escritores? En el gran escritorio en el que trabajo siempre tengo las obras de los autores que me encantan, a las que vuelvo una y otra vez: Beckett, Zbigniew Herbert, David Grossman...

¿Sigue escribiendo poesía?

No. Todos los periodistas me habéis preguntado por eso, y eso dice mucho de la cultura española, del valor que le dais a la poesía. No creo que eso pase en América, Inglaterra o Alemania, y es muy interesante. A veces pienso que las novelas son solo una etapa de mi vida y que, finalmente, volveré a escribir poesía, pero lo cierto es que soy novelista y siempre lo seré.

Ser escritor es muy diferente a ser poeta.

Las cosas que quieres tocar, los sentimientos que quieres expresar son los mismos, pero el modo de pensar es diferente. Y las exigencias también son distintas, llevas vidas diferentes.

«La gran casa» está repleta de temas muy propios de la cultura judía como la historia, la memoria, la herencia...

No soy una persona religiosa en absoluto. He crecido rodeada de la cultura judía, pero no creo que los valores que has mencionado sean inherentes a ella, sino que son universales, conforman nuestra esencia como seres humanos. Lo que sucede es que el judaísmo, más que ninguna otra religión, plantea preguntas a sus practicantes, hace que duden. La tradición judía se basa en la argumentación. Es mucho más fácil que te den las respuestas, pero esa no es la base de la religión judía. Creo que esta novela, en ese sentido, sí responde a ese propósito de plantear interrogantes que nos den respuestas para conectar nuestras vidas.

¿En qué está trabajando ahora?

Para mí es muy difícil hablar cuando estoy en mitad de una novela.

Así que está en mitad de una novela...

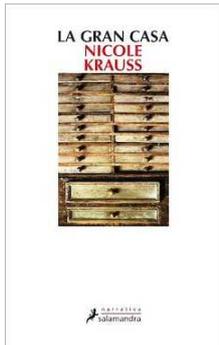
No, estoy en el comienzo, y esa es la parte más difícil. La más fácil es el medio. Me encuentro al comienzo, así que deséame suerte.

La gran casa**Crítica de Miguel Carreira en “El Imparcial”**

Rossini nos dejó sobre Wagner una de las críticas más finas que se recuerdan, cuando dijo sobre su música aquella famosa frase acerca de buenos momentos y malos cuartos de hora. El que el prestigio de Wagner haya sobrevivido a la arremetida de un epigrama de tanto calibre -y a otras cosas bastante peores- demuestran la superioridad del arte sobre la crítica. La frase de Rossini es originalmente buena, pero luego, además, fue depurada en formulaciones casi perfectas. Wagner, sin embargo, sigue en pie.



Hay muchas críticas sobre las obras de Nicole Krauss que arrancan explicando las razones por las que se algunos críticos -otros críticos- parecen tener reparos hacia la figura de Krauss, una escritora salida de los barrios altos de Nueva York y cuyo trabajo la ha convertido en uno de los iconos culturales de esos mismo barrios. El imaginario literario es así; sigue habitado por poetas pobres en buhardillas de París y se siente defraudado por las grandes casas y los techos altos. Como esta prudencia de la crítica está muy extendida, aquí vamos a hacer lo contrario. Vamos a hablar de las razones que hay para apreciar la obra de Krauss y, en particular, esta *La gran casa*.



La capacidad de Krauss para la narración parece fuera de toda duda. Krauss es, por ejemplo, capaz de modular los ritmos de la frase, alargar o disminuir el tamaño de los periodos para mantener el compás del texto. En las descripciones consigue sostener el equilibrio para no caer en lo cicatero ni en la verborrea. La gran casa está construido en base a un inteligente juego de correspondencias y paralelismos; evidente, pero no obvio; claro, pero no ramplón. Los personajes se transmiten al lector con la claridad suficiente como para que éste perciba contundentemente las epifanías que los sacuden de cuando en cuando a lo largo la novela. Por ejemplo, el momento en el que se percatan de que la vida ha pasado o está a punto de pasar, el momento de saber que se han quedado solos o se van a quedar solos próximamente; el momento en el que tienen (y nosotros tenemos con ellos) la certeza de haber sido derrotados, aunque ni ellos saben ni nosotros sabremos por qué exactamente.

Krauss mantiene su interés en la polifonía como estructura. Aquí las distintas voces se podría decir que giran alrededor de un escritorio. Un escritorio que perteneció a una escritora, que se lo cedió a un poeta chileno (de tonos inequívocamente bolañianos) quien se lo presta a otra escritora que lo acabará devolviendo a la hija de un famoso recuperador de muebles. En la cadena de traspasos se articula una historia sobre los temas que más interesan a Krauss: la escritura, la comunicación y esa curiosa forma de coexistencia con otros seres humanos a la que hemos dado en llamar compañía.

La gran casa nos depara muchos buenos momentos, pero también muy malos cuartos de hora. Aunque la primera parte del libro transcurre a buena velocidad y el lector se sentirá incluso invadido por cierta excitación -el libro tiene momentos realmente buenos y en alguno se llega a barajar que lo que se tiene entre las manos sea una verdadera obra maestra-, llega un punto en el que la novela deja de avanzar con efectividad. Luego, el intento de justificar las voces con cierta simetría llevará a algunas soluciones un tanto chirriantes.

Es muy posible, por otra parte, que tengamos que agradecer a Krauss el que, en un momento en el que la literatura no se caracteriza precisamente por sus riesgos, se haya atrevido a plantear una estructura que entrelaza una polifonía de personajes en crisis. Pero lo cierto es que el experimento no acaba de resultar todo lo bien que la propia novela merecería. Aunque mecida por la prosa efectiva de la autora, la sucesión de personalidades hipersensibles acaba por saturar el ritmo de la historia. Es como si toda la partitura señalase un *in crescendo*.

Buenos momentos y malos cuartos de hora. *La gran casa* es, en muchos aspectos, superior a la anterior *La historia del amor*, aunque no llega a ser la gran novela en la que está a punto de convertirse. Hay razones para pensar que esa gran novela está por llegar.

Fontes:

- [Xornal El País \(19 setembro 2012\)](#)

- [Xornal ABC \(2 outubro 2012\)](#)

- [El Imparcial \(13 xaneiro 2013\)](#)

Para saber máis:

- [Reseña no xornal La Vanguardia \(25 setembro 2012\)](#)

- ["La gran casa", tributo a Roberto Bolaño \(Xornal La Tercera – Chile\)](#)

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996
Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org
[Blog](#)

GRUPO B